

ÍNDICE

Prefacio.....	9
I. LA FORMACIÓN HISTÓRICA DEL RÉGIMEN CONTEMPORÁNEO DE DICTADURA OMNÍMODA.....	17
Poder y poderes: lo político y lo económico.....	23
Expolio y terror en la revolución liberal española.....	41
El significado último de la desamortización civil.....	63
La resistencia popular al liberalismo revolucionario.....	84
Acerca de la propiedad capitalista como negación de la libertad civil y de conciencia, es decir, como dictadura.....	102
II. VERDAD, LIBERTAD DE CONCIENCIA E IDEOCRACIA.....	111
La sociedad del adoctrinamiento.....	118
La casta intelectual, o el enemigo principal inmediato.....	153
Conclusión proyectiva.....	197

III. EN POS DE UNA CRÍTICA ATEÓRICA DE LA TEORÍA CRÍTICA. 203

Los inicios del modo teórico y especulativo de pensar. De Euclides a Platón.....	206
Teoría y tiranía: Ockham y Spinoza.....	218
Hegel, o la marcha de la filosofía hacia la omnidictadura estatal.....	225
Filosofía de la praxis y filosofocracia.....	229
La escuela de Fráncfort, o la ultramodernidad teórica.....	249
El criticismo teorizante en los tiempos que corren.....	263
Toque de atención final, para buenos entendedores	279

IV. DESENTAÑANDO LA INDETERMINACIÓN SEMÁNTICA DE LA VOZ “REVOLUCIÓN”..... 283

Repudio y denuncia de la revolución francesa.....	284
La revolución bolchevique de 1917, copia empeorada de la revolución francesa.....	289
La II república española, o la revolución conservadora hecha desde arriba.....	294
Sobre las “revoluciones antiimperialistas”.....	299
Hacia la reformulación de la noción de revolución, en tanto que necesaria ruptura con lo existente.....	301

V. DEL ESTADO Y DE LA ESTATOLATRÍA..... 319

Los pueblos oprimidos y el derecho de autodeterminación.....	330
Los municipios han de ser lo que hoy no son: libres y soberanos.....	362

Libertades formales y reales. Libertades afirmadas y negadas.....	371
Sociabilidad-democracia frente a egotismo-tiranía.....	379
El acuerdo fundacional de una futura sociedad democrática.....	385
Justicia y longanimidad: hacer más de lo que se debe.....	388
Contra el trabajo asalariado, de nuevo.....	401
Estado y gobierno en el régimen de “democracia representativa”.....	402
La expresión máxima de la dictadura liberal, el Estado de Bienestar.....	409
El Estado de derecho, o el gobierno por medio de la fuerza.....	413
La columna vertebral del orden liberal: el ejército.....	418
El Estado constitucional policial.....	423
Del poder judicial.....	428
Cavilación postrera sobre las causas y la naturaleza del Estado.....	435
Anexo. Criterios ordenadores de la vida económica en una sociedad bien constituida.....	457

VI. CONSIDERACIONES SOBRE UN FUTURO PENSABLE Y,

QUIZÁ, POSIBLE..... 463

Libertad y forzosidad en la historia.....	464
Sobre la condición del elemento agente de la historia.....	477
El contenido fundamental de la acción subvertidora.....	481
Hacia una axiología del cambio trascendental.....	487
Juicio sintético a posteriori de la izquierda y del izquierdismo.....	507

COMPENDIO Y EPÍLOGO..... 567

ÍNDICE ANALÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO 567



“La fuerza se consume, el ingenio siempre dura”

SAAVEDRA FAJARDO

“Disponte a la lucha”

Epicteto

El método utilizado, los contenidos alcanzados y la estructura formal de la obra que el lector o lectora tiene ante sí resultan necesariamente de los objetivos perseguidos al elaborarla. Éstos se organizan en dos bloques temáticos: 1) análisis de los rasgos definitorios de las sociedades contemporáneas en las que, recién, ha tenido lugar el triunfo completo del Estado sobre la sociedad político-civil; y 2) fijación de la plural y complicada batería de propuestas interrelacionadas, o programa estratégico, dirigidas a enmendar, suponiendo que ello sea aún hacedero, las descomunales nocividades en curso provenientes de aquel suceso. Este último apartado se engloba dentro de la fórmula revolución democrática, más compleja de lo que pudiera parecer a primera vista, dado que, al renunciar a cualquier deriva politicista, se hace sinónimo de mutación categórica al mismo tiempo axiológica, interior al sujeto, rehumanizadora, civilizante y política, como gran transformación integral que desautoriza cualquier enfoque reduccionista o simplificador así como toda “solución” monista.

Debido a que la vida, de manera constitutiva, es no-especializada (sólo las teorías y dogmatismos, siempre artificiales e inauténticos, además de manipulativos y despóticos, los son), la presente obra, que se propone aprehender lo real hasta donde nuestras limitadas capacidades lo permitan, quiere ofrecer un enfoque integral, plural y

complejo, ajeno a la artificial claridad y rotundidad que el saber verdadero en vigor preconiza. El programa cartesiano, hoy por todos admitido, con su fijación en el conocimiento parcial y segmentado, es el responsable del descomunal caos y déficit cognoscitivo de la modernidad, matriz fecunda de propuestas y realizaciones invariablemente descabelladas y atroces.

Una idea, en los contenidos, vertebró el texto: que la libertad, la de conciencia y civil tanto como la política, es el gran problema de nuestro tiempo, por lo que la revolución democrática preconizada se dirige precisamente a solventar ese medular defecto de las sociedades de la modernidad madura, la ausencia compleja y completa de libertad real que padece la gran mayoría. Esto va acompañado de las pertinentes propuestas para remediar el proceso de deshumanización en curso, que no es entendido de manera metafórica sino rigurosamente literal, hasta el punto de que cuando se acude a la expresión “poshumanidad”, o a otras equivalentes, se nombra una inmensa agrupación de seres que están en el espeluznante trance de perder su condición humana, si no la han perdido ya. Ello otorga una significación más a la gran transformación integral que se preconiza, al establecer las condiciones para que esa infra humanidad constituida de forma planeada por la hodierna dictadura estatal en apoteosis vuelva a recuperar su naturaleza primigenia, esto es humana, a ser posible, con un nivel y grado superiores.

Similarmente, dicha modificación integral categórica ha de realizar funciones civilizantes, a fin de restaurar y elevar a un estado superior lo que hoy está ya desbaratado, despreciado, destruido y casi del todo perdido, el conjunto de convicciones, metas, valores, hábitos, relaciones sociales, auto percepciones, modos de participación en la cosa pública y estados de la sensibilidad que constituye ese gran agregado al que es dado denominar civilización. Salir del actual régimen bárbarico en que ha sido precipitada la humanidad por el triunfo absoluto del Estado-Estados, que ha tenido lugar en los decenios finales del siglo XX a escala planetaria, para avanzar hacia un nuevo estadio de la civilización, es una aspiración cardinal en los muy acia-

gos tiempos que corren, cuando todo lo que hace llevadera, digna y auténtica la vida humana está siendo destruido.

Para realizar tal programa intelectual se ha utilizado, como epistemología, el análisis ateorico, o experiencial-reflexivo, de un número importante de realidades singulares representativas, procediendo en un segundo momento, con las cautelas y auto-restricciones apropiadas, a realizar desde lo así logrado algunas inferencias de alcance limitado, que nunca llegan a cristalizar en forma de teorías, pues su propósito es satisfacer la necesidad de verdad y, al mismo tiempo, proporcionar una guía razonablemente segura para la acción comprometida. Por tanto, dos nociones seminales, en lo gnoseológico, organizan la obra. Una es la preferencia por un estado de ánimo escéptico que contrarreste la voluntad de creer que la modernidad hiper-estadista preconiza, sobre todo, si los sistemas de creencias adoptan la forma de teorías fabricadas por las autoridades intelectuales autorizadas a hacerlo, sean éstas pro sistema o “antisistema”, de donde resulta una exhortación a la increencia como primer momento del ir hacia un saber veraz.

La otra es la convicción de que toda aserción de naturaleza general, para ser admitida, ha de manifestarse en un cierto número, al menos, de realidades particulares. La verdad confiable tiene que provenir del estudio ateorico de las expresiones singulares del ser, y no del uso más o menos solemne de la razón; del acudir a procedimientos axiomático-deductivos; del recitar los principios de tal o cual sistema doctrinal; del juego con nociones universales; del verbalismo ingenioso y desenfadado o de cualquier otro procedimiento que no sea la investigación reflexionada y de larga duración de la realidad concreta, los hechos acontecidos, la experiencia comprobada, el esfuerzo realizado y el dolor padecido.

Dado que se pretende la consecución de un enfoque, un diagnóstico y unas propuestas superantes de naturaleza holística sobre los problemas centrales de nuestro tiempo, cada uno de los numerosos asuntos particulares es tratado de forma sintética y breve, de manera inevitable. Esto es un inconveniente, ya que las conclusiones alcan-

zadas sobre materias que han requerido bastante tiempo de estudio y de cavilación son ahora transmitidas al lector o lectora en unas pocas páginas, cuando no en unos cuantos párrafos, lo que quizá haga difícil su intelección. Debido a que la naturaleza de la obra no admite otra solución, para proporcionar algún remedio a tal particularidad se añade lo tenido por más imprescindible de la bibliografía utilizada, para no ampliar de manera desmesurada la extensión del texto, y para no fatigar a quienes se sumerjan en su lectura. Por tanto, acudir a la bibliografía escogida que se recomienda es condición necesaria para aprehender los contenidos de manera apropiada. Al mismo tiempo, su naturaleza explícitamente política, pero no politicista, hace a aquellos contenidos diversos y plurales, con propósitos integrales y designios de otorgar explicación a lo más decisivo de la totalidad finita, en vez de meramente sectoriales, pues la política democrática se ocupa del todo concreto como quehacer no especializado, al contrario que la dictatorial, de donde resulta que la llamada ciencia política es insuficiente para la política, si ésta tiene la revolución democrática como propósito.

Los contenidos y enfoques que se ofrecen son poco usuales, sí, lo que puede producir malestar e incluso irritación, pero ha de considerarse las sobremanera dramáticas condiciones en que hoy se desenvuelve nuestra existencia. Esto exige explorar caminos nuevos, dejando de lado viejas certidumbres y añejos dogmatismos, avanzando con intrepidez, a la vez que con prudencia, hacia el logro de nuevas perspectivas que estén a la altura de los problemas de hoy; los más graves, sin duda ninguna, con los que se ha enfrentado el género humano en su historia muchas veces milenaria, dado que lo que está en entredicho es su continuidad como tal, debido al éxito abrumador del magno programa estratégico urdido por el par ilustración-liberalismo hace 250 años para, por motivos políticos, alterar de raíz la esencia concreta humana, constituyendo una infra humanidad dócil, irreflexiva, inepta, asocial y sin voluntad propia, forzada a un tipo de existencia caracterizada por la inespiritualidad y la barbarie.

Los contenidos desarrollados huyen de proporcionar teorías salvíficas, diseñar utopías reconfortantes o estimular el bienestar psíquico del lector o lectora con uno u otro tipo de narcóticos espirituales. En consecuencia, se apartan de manera consciente y, en la intención, completa de las ideologías optimistas de corte salvacionista propias de los siglos XIX y XX, con significación progresista, obrerista, contracultural, vanguardista, reformista posibilista u otras expresiones de infantilismo, limitándose a señalar la extraordinaria gravedad de los problemas ahora en curso, el enorme esfuerzo que exige su superación y las metas a establecer, caso de que tal acción superadora sea todavía posible en una fase como la actual, de muy avanzado descuyuntamiento de todos los elementos positivos del proceso histórico y de general liquidación de la valía y capacidad de los seres humanos.

No por ello se preconiza un pesimismo lloraduelo y paralizante, sino que, por un lado, se exhorta a hacer acopio de fortaleza interior para mirar de frente la espeluznante realidad de nuestro tiempo tal cual es, y, por otro, se sitúa lo principal de los logros a conseguir en el interior mismo del sujeto, en la forma de disposición anímica para hacer del esfuerzo sin fin por el bien, la verdad, la libertad, el autogobierno y la virtud, los únicos logros realmente decisivos, relegando a un segundo lugar los estadios de llegada y las metas realizables, que han de provenir, en primer lugar, de la calidad integral del individuo.

En contra de lo que pudiera parecer, en una evaluación superficial, la presente no es una obra de formulaciones ya acabadas, dado que su intención es atraer la atención sobre determinados asuntos, inusuales y generalmente olvidados, a pesar de su gran significación, para que sean considerados, analizados y debatidos de manera colectiva durante un tiempo, seguramente muy largo. De ello resultarían, tal vez, conclusiones sólidas y válidas, en lo cognoscitivo y en lo actuante, mientras que, por el momento, sólo pueden ser alcanzadas unas endebles, poco consistentes y poco convincentes aproximaciones (de ese modo, sin duda, han de ser calificadas las que aquí se ofrecen). Superar este estado de cosas exige el trabajo de muchos, y por mucho tiempo. De ahí que, asimismo, si la tan presuntuosa como temible

fantasía cartesiana, el logro de un conocimiento “claro y distinto” de las cuestiones medulares, es siempre irrealizable (salvo en el adoctrinamiento y en la propaganda), lo es mucho más en las condiciones propias de este tiempo histórico.

Romper argumentativamente con la cosmovisión ilustrada, liberal y progresista, elaborada, enriquecida y reelaborada sin tregua durante más de 250 años por las autoridades políticas e intelectuales del vigente régimen de dictadura total no puede ser realizado por un texto, ni por un autor, pues o se hace tarea de muchos o quedará sin hacer. En este último caso, lo más probable es que el proceso de deshumanización en curso alcance a ser definitivo e irreversible. Ello dota de fundamento a la convicción de que ni en éste ni en ningún otro asunto de importancia hay motivos para el optimismo, dado que en los tiempos que corren todo lo importante marcha a peor a buen ritmo, de donde nunca como hoy ha sido tan cierta la aseveración de Tocqueville, “el espíritu humano camina entre tinieblas”.

A pesar de todo, el libro que el lector o lectora tiene ante sí ha resultado de la convicción interior y de la libertad de conciencia, al no proceder ni depender de los aparatos institucionales destinados a la fabricación en serie de las creencias provechosas para el régimen vigente, y al no poseer más propósito que la dilucidación longánima de la verdad concreta-finita en las materias consideradas, lo que no es mucho, pero sí algo, para avanzar un tramo hacia la meta fijada, que, por decirlo con expresión tomada a Ángel Ganivet, pretende, asimismo, “forjar Ideas que guíen nuestra Acción”, ideas que, ante todo, han de ser verdaderas, hasta donde es posible; no demasiado, dada nuestra finita y mezquina condición.

Por encima de todo, al leer las páginas siguientes, cuyo fundamento son muchos años de esfuerzo y trabajo casi sin interrupción, se ha de tener en cuenta que provienen de la desesperación, realidad psíquica primaria que establece en ellas los contenidos tanto como el tono dominante. No es una desesperación metafísica, y en gran medida literaria, como la que se despliega en “Tratado de la desesperación” de S. Kierkegaard, sino un desolado, si bien es de esperar que decoroso,

racional y equilibrado, estado de ánimo, vivido al mismo tiempo con enorme tensión y dolor psíquico, que emanan de la observación imparcial de lo ya indudable: la humanidad ha llegado a un punto en que la situación prevaleciente muy difícilmente puede tener remedio. Ello explica el estilo combativo y apasionado de este escrito, si bien el criterio fundamental es la voluntad de verdad y la devoción por el rigor.

En 1947, un Orwell ya lo bastante lúcido y maduro como para estar curado de todas las ilusiones, expone esa misma conclusión a su manera, “dejando mis deseos al margen del cálculo, estimaría que es harto difícil que la civilización perviva en los próximos siglos”. Hoy tal diagnóstico es aún más verdadero por cuanto lo que está en muy avanzado curso de realización no es sólo la liquidación de la civilización como realidad tenida por exterior al ser humano, sino la destrucción programada, e imperiosamente realizada, del mismo ser humano en tanto que tal. Asistimos, pues, a los últimos días de la civilización tanto como al tiempo de culminación del exterminio de lo humano. Más allá, al otro lado de la línea divisoria, manifestando su tan monstruoso como imbatible vigor, se encuentran, en un estado de completa embriaguez por la victoria absoluta ya casi alcanzada, las potencias agentes de tal catástrofe: la barbarie total, la incivildad triunfante, la infrahumanidad orgullosa de sí, la maldad auto-satisfecha, la dictadura omnímoda y con ínfulas de perennidad, las fuerzas empeñadas en la trituración de los fundamentos últimos de la vida.

Sólo nos queda ser fuertes, permanecer unidos, estar muy alerta en lo intelectual y tener valor. Quizá con ello seamos capaces de dar con alguna salida a la situación constituida, que por sí misma carece de cualquier salida. Pero eso es muy poco probable.



LA FORMACIÓN HISTÓRICA DEL RÉGIMEN CONTEMPORÁNEO DE DICTADURA OMNÍMODA

Hoy, en los inicios del siglo XXI, no corren vientos de fronda precisamente. El espíritu servil, los arraigados hábitos de prosternarse, humillarse y negarse ante los poderhabientes, la ilimitada capacidad para adaptarse a todo, aceptarlo todo y soportarlo todo, en un permanente ejercicio de masoquismo vivencial y de falta de respeto de sí, es el estado de conciencia social dominante y el que casi todos exhiben sin pudor. En nuestro tiempo el servilismo es por convicción interior (aunque ésta es de naturaleza no libre, pues resulta de la negación institucional de la libertad de conciencia), más que por imposición coercitiva externa, de donde surge un estado de postración y aniquilación psíquica de la multitud que es parte principal del colapso civilizacional en desarrollo que conoce el mundo occidental y, con él, todo el planeta. Lo que Carl Schmitt denominó “la lógica de la sumisión espiritual” ha llegado a ser el rasgo fundamental de nuestro tiempo.

Pero, con todo, no es una situación sin precedentes, salvo en su componente cuantitativo, pues ya Tácito se refiere a cierto personaje de su época observando que “se había rebajado hasta la resignación propia de un esclavo”, lo que establece una correlación apropiada entre la resignación como

estado anímico y esa pérdida completa de la libertad, como fenómeno de masas, que fue el fondo del mundo romano y, más aún, del actual. Ahora, la adecuación compulsiva de todos a lo existente certifica la general ausencia de libertad en la actual sociedad, despótica hasta el paroxismo. En puridad, el éxito completo alcanzado en la construcción del *homo docilis* es el logro primero y principal de una modernidad múltiplemente victoriosa, por encima de cualquier otro, económico, político o técnico.

El insano estado de conciencia social descrito está en relación con el vehemente conservadurismo hodierno, que se expresa como la negación de todo cambio real a mejor, incluso de segundo orden, en el seno de una sociedad más que inmóvil fosilizada, expresión de su estupefaciente senilidad y vetustez. Ello es consecuencia del triunfo, ahora a punto de hacerse ya absoluto, de la revolución liberal sobre la sociedad política y civil, que ha constituido una formación social que, según los poderes intelectuales e institucionales vigentes, es “perfecta y completa”¹, por tanto inmejorable, inmóvil y eterna. Aquella revolución tiene a “la Libertad” como propósito primero y definitorio, pero se refiere exclusivamente a la libertad para el Estado y para sus entes generados, el capitalismo en primer lugar, no para el pueblo, no para los desposeídos de todo poder real de decisión, no para los dominados. A éstos dicha revolución les asigna un devastador régimen de neo servidumbre que deja muy poco en pie de la esencia concreta humana, que sólo se diferencia de sus expresiones antiguas en que es mucho más perfecto, notoriamente más eficaz e incomparablemente más apto para sujetar y someter al individuo y a todo el cuerpo social de un modo al parecer definitivo e irreversible.

1. Tomada de El régimen del solitario, obra del filósofo hispano-musulmán Ibn Bayya, Avempace, escrita en la primera mitad del siglo XII, siguiendo a Aristóteles y, sobre todo, a Platón. Su intención es reformular la teoría de la ciudad (sociedad) ideal y demandar más privilegios de poder para la casta intelectual de su tiempo, en la estela del programa platónico. El carácter totalitario del texto se puso en evidencia al convertirse en uno de los favoritos del régimen almorávide, impuesto por los invasores africanos que habían irrumpido en la Península Ibérica poco antes. Aquél, junto con La ciudad ideal de Al-Farabi y Comentario a La República de Platón de Averroes, forman las tres obras fundamentales del pensamiento islámico clásico en el terreno de la teoría política, y las tres tienen en común su falta de originalidad, pues copian a los autores griegos su apología de las expresiones más agresivas de dictadura política, conforme a lo que es medular en el islamismo.

En segundo lugar, el eficientísimo sistema de neo señorío liberal y progresista se guía por el postulado de que el sujeto dócil por excelencia es aquél que ha sido despojado de su condición humana hasta el punto de no ser ya capaz de autogobernarse ni, por lo demás, de pensar, sentir y obrar como un ser humano². De ese modo el sistema institucional de la modernidad, tenido por culminación magnífica y final excelente de la historia, lleva a efecto al mismo tiempo la pérdida de la libertad y la aniquilación (quizá irreversible, posibilidad que produce escalofríos) de la esencia concreta humana, de donde resulta lo que ahora puede encontrarse por doquier “un hombre / que de humano no tiene más que el nombre”, según la exacta expresión de Calderón en *La vida es sueño*, dado que ha padecido la radical expropiación, por extirpación, de la vida espiritual, que es lo que el ser humano posee (o poseía) como específico.

Vivimos, nos dicen, la edad de oro, la utopía por fin realizada, el reino de Jauja, la sociedad de las maravillas y los prodigios, sí, pero para los dominadores, y también para los dominados que se conciben a sí mismos como mera corporeidad, como nada más que unas fauces y un vientre³. De

2. Este asunto es de una importancia sin igual, y para ilustrarlo se traerá un caso histórico probatorio. En la controversia con Ginés de Sepúlveda, arguye Bartolomé de Las Casas que los pueblos indígenas de América han de ser tratados como seres humanos en plenitud porque «sería imposible que (...) se pueda encontrar toda una raza, nación, región o provincia necia o insensata y que, como regla general, carezca de la suficiente ciencia o habilidad natural para regirse o gobernarse a sí misma». Tal aserción, de extraordinaria significación para comprender el meollo mismo de la modernidad, leída de atrás hacia delante, viene a decir que el modo de constituir una masa de seres incapaces de gobernarse a sí mismos y, por tanto, condenados ontológicamente a ser tiranizados por unos pocos, es hacer de ellos gente «necia o insensata», desprovista de las facultades espirituales (entendimiento, sentimiento, voluntad, sociabilidad, longanimidad) que hacen humanos a quienes tienen apariencia de tales.

3. Aristóteles expone en *Ética a Nicomaco* que los seres humanos pueden llevar, y llevan efectivamente en multitud de ocasiones, una «vida de bestias», modo de existencia en el que lo peculiar de la especie, las funciones del espíritu, desaparecen por efecto de un gran salto regresivo a un estado incomparablemente peor que el de nuestra fase prehumana. Al parecer, esta observación fue intensamente meditada por los «filósofos» dieciochescos y por la Ilustración, la primera corriente de pensamiento que se propuso crear una vasta multitud deshumanizada conforme a un plan y un método elaborados en las alturas del poder institucional, apropiado para que el Estado pudiera realizar de la mejor manera posible sus fines, a saber, la dominación total sobre la masa preterida. El liberalismo, como heredero de la Ilustración, es quien ha realizado finalmente aquel temeroso proyecto, por medio de un sistema sobremanera sutil e ingenioso, complejo y multiforme, que iremos analizando, al menos en sus manifestaciones señeras, a lo largo del presente libro.

crear a los omnipresentes aparatos de adoctrinamiento e inculcación, formamos parte de una sociedad perfecta por partida doble, primero porque lo es por sí y segundo porque no cesa de perfeccionarse desde la perfección ya lograda. De manera que, ante esta espiral sacrosanta de magnificencia y excelsitud, el individuo medio sólo alcanza a caer de rodillas, musitando aturdidamente algunas frases de agradecimiento mientras se entrega en cuerpo y en espíritu a sus muy poderosos mandantes. De ahí que el arrasamiento del pensamiento creador, el vaciado de las mentes, la extinción de la libertad de conciencia, el triunfo del iletrismo más insolente, la ausencia de sentido y de metas trascendentes en un modo de existencia impuesto desde arriba, el ocaso de la sociabilidad, la expeditiva extirpación de la conciencia moral y la reducción de lo estético a una emergencia sin fin de extravagancias fabulosamente remuneradas delinean una situación en la cual lo que G. Bernanos califica de “desespiritualización del ser humano”, ahincadamente deseada y buscada desde el poder por motivos políticos, ha alcanzado su momento cenital.

En las muy difíciles circunstancias actuales hay que precaverse contra la ilusión de los remedios fáciles y espontáneos. Un caso histórico de mucha entidad nos ilustra al respecto. En su obra principal, *De gubernatione Dei*, compuesta en los años 440-450, Salviano de Marsella analiza con rigor la descompuesta sociedad de los años postreros del imperio romano. En ella describe un estado de cosas que tiene muchos puntos en común con lo que ahora estamos viviendo (y más aún con lo que, probablemente, se hará realidad en un futuro no lejano). Por ejemplo, cuando expone que “la indiferencia y la pereza, la negligencia y la glotonería, la embriaguez y el embrutecimiento reinan en todas partes”, y que las gentes están dominadas por “una profunda somnolencia” que las hace indiferentes y pasivas a lo que no sea la búsqueda ansiosa de satisfacciones sensuales, de entretenimientos y diversiones soeces, lo que llevaba a la clase gobernante a entregarse a “orgías frenéticas” mientras todo se derrumbaba a su alrededor. Denuncia, asimismo, la carga insoportable de los impuestos sobre las masas populares; las atrocidades cometidas por el ejército, devenido en una gran turba de saqueadores, violadores y asesinos; la reducción de una buena parte de la población aún libre al estado servil; la perfidia de los gobernantes y de los gobernados, de los amos y de los esclavos (de és-

tos manifiesta que “son parecidos a sus dueños o peores que ellos. A decir verdad, generalmente son peores”); la pasmosa crueldad que caracteriza las relaciones interpersonales; los descomunales gastos suntuarios de las clases privilegiadas en medio de la miseria popular, o el general abandono de las actividades intelectuales y del espíritu.

Su enumeración de nocividades es exacta, y está llena de grandeza cuando se vuelve hacia los romanos y acusatoriamente proclama: “lo que ellos han sembrado es lo que cosechan”, y cuando diagnostica que, en definitiva, “hemos sido vencidos por la degeneración de nuestras costumbres”, cuestión de la que hace también responsable a la Iglesia, institución anticristiana entregada al Estado romano desde los tiempos de Constantino y tan depravada como aquél. Sin embargo, al final yerra en lo más capital, pues, incapaz de soportar la acongojante visión de la catástrofe civilizatoria, cae en la tentación de fabricarse un sujeto histórico imaginario capaz de remediar los muchos y muy graves males padecidos. Lo encuentra en los pueblos germánicos, que entonces estaban penetrando en el imperio. Salviano pone en ellos sus esperanzas de regeneración y restauración. Pero aquéllos no fueron mejores y en bastantes casos tanto o más funestos (tal puede decirse, sin ir más lejos, del reino visigodo de Toledo) que el Estado imperial romano. El que un autor de tan sobresalientes cualidades intelectuales y morales fuera incapaz de afrontar la dolorosa percepción del envilecimiento extremo del cuerpo social sin acudir a narcóticos espirituales que le impidieran pensar en los verdaderos remedios, debe servir de advertencia para no imaginar fuerzas salvíficas donde no las hay y así poder centrarse en la indagación de las adecuadas soluciones, si es que existen, sea cual sea el grado de dolor psíquico y físico que ello lleve aparejado⁴.

4. A fin de extraer toda su significación a la obra de Salviano, insustituible para comprender la naturaleza de las formaciones sociales en desintegración por exceso de Estado, hay que conocer lo sustantivo de su vida y obra. Estaba vinculado al monasterio de Lerins, lo que indica que formó parte del monacato cristiano de ideas radicales, enfrentado con la Iglesia. En *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella*, J. M. Blázquez le presenta como «un moralista de tendencia ascética» y un tratadista de ideas «comunistas», aserción esta última algo exagerada; no así la primera. Salviano es, en efecto, un moralista y un asceta que, por ello mismo, no hace suyo todo el programa del ideario cristiano original al olvidar, o desdeñar, los componentes políticos, axiológicos, de cosmovisión y económicos de aquél. Esto le impide elaborar una propuesta de conjunto a la romanidad en putrefacción. No hay que perder de vista que el cristianismo primitivo no es un ascetismo, aunque contiene elementos y prácticas ascéticas de importancia, sino una cosmovisión

Volviendo a nuestro tiempo, cabe enfatizar que los muy perfectos modos de sometimiento y subhumanización de la revolución liberal se diferencian de los del pasado preliberal en que no pretenden meramente contener y reprimir a un sujeto agente, grupal o individual que se ha constituido con suficiente autonomía y que en unas circunstancias determinadas se levanta contra las instituciones despóticas, sino que dan un decisivo paso más. Consiste en que, valiéndose de los múltiples aparatos de inculcación y moldeamiento puestos a punto por la modernidad, penetra en el interior mismo de la persona para, vaciándola de sustancia propia, rehacerla al cien por cien y de arriba abajo en conformidad con los intereses de las minorías organizadas estatalmente, para hacer de ella un ser sólo humano en apariencia o, si se prefiere, un individuo rigurosamente reificado que, de manera inherente y constitutiva, sea incapaz de querer ser y ser por sí mismo, así como de proponerse metas y fines diferentes a los que convienen e interesan en cada circunstancia a la minoría gobernante. Tal es la esencia de la “democracia” contemporánea y tal es el primer problema que hemos de resolver quienes consideramos necesario, con razones bien fundadas, realizar una *renovatio mundi* o, por decirlo con un lenguaje actualizado, una revolución democrática, civilizatoria, positiva, causa y al mismo tiempo consecuencia de lo más importante por sí y por sus efectos: “los progresos del espíritu”⁵.

que hace del amor la noción organizadora del cuerpo social y la categoría rectora de las operaciones de la mente así como de los modos de existencia individual, lo que da cuenta de sus colosales aciertos tanto como de sus importantes errores. De ahí que el de Lerins, por un lado, cargue las tintas en las disposiciones de carácter moral (lo que hace de él paradigma de ese eticismo bastante impotente y un tanto lacrimógeno que resulta del apoliticismo, sea éste impuesto o por convicción); y, por otro, tenga que buscar un remedio ilusorio a los gravísimos problemas políticos existentes en una fuerza aparentemente renovadora, los pueblos germánicos inmigrantes. Una muestra de lo deseoso que estaba Salviano de auto engañarse es que si por un lado encomia a los germanos, por otro hace lo mismo, quizá incluso más afectuosa y enérgicamente, con los bagaudas, alzados legítimamente en armas contra el imperio en las Galias e Hispania y que habían sido reprimidos por Roma utilizando a los visigodos como fuerza militar mercenaria. De interés, al respecto, es *Los bagaudas: rebeldes, demonios, mártires. Revueltas campesinas en Galia e Hispania durante el Bajo Imperio* de J. C. Sánchez León. Para el conocimiento de la situación en la Península Ibérica entonces, acudir a la *Chronica* de Hydacio, terminada hacia el año 468.

5. Expresión tomada, aunque modificando su significación, de *Discurso preliminar sobre la Enciclopedia* de J. D'Alembert.